



Miguel Díaz-Canel, el gobierno insomne

Este 19 de abril, tres años después de ser electo Presidente de la República, Miguel Díaz-Canel Bermúdez asume también la conducción del Partido Comunista de Cuba, tras ser proclamado por el VIII Congreso como Primer Secretario del nuevo Comité Central

Dayamis Sotolongo Rojas

Aún ardía despiadadamente aquel Boeing 737-200 y las llamas enrarecían, más que el aire, hasta los pechos cuando Miguel Díaz-Canel Bermúdez llegó a ese paraje cercano al Aeropuerto Internacional José Martí, donde se había estrellado sin remedio el avión que viajaba de La Habana a Holguín.

Era el 18 de mayo del 2018, casi un mes después de haber asumido la presidencia de Cuba; pero Díaz-Canel llegaba no solo como el mandatario que es, sino con la preocupación por todo y por todos, con la mano sobre el hombro, con el abrazo que arropa en medio de tanta tristeza sin consuelo, con el “siéntanse acompañados” —salido desde el alma— como les dijo a los familiares de las víctimas en aquel local del hotel Tulipán, donde se alojaban.

Y es el modo de poner por encima al ser humano, de asumir los problemas de otros como los suyos propios, de vestir al gobierno con la piel de su gente. Y es el mismo actuar consecuente de la Revolución que ha heredado y que ha seguido construyendo cotidianamente.

Podría entonces viajar luego a Pinar del Río cuando el huracán Michael inundó aquella provincia o pararse después a orillas del puente partido en dos, en Zaza del Medio, a causa de las intensas lluvias provocadas por la tormenta subtropical Alberto o recorrer meses más tarde las zonas que había arrasado un inusitado tornado en La Habana.

Díaz-Canel ha caminado Cuba de una punta a la otra, sin descanso. Ha sido un ir y venir para auscultar palmo a palmo cada territorio, para enderezar torceduras en el camino, para ir edificando juntos el país. No hay imposturas, es el ritmo de una agenda gubernamental que parece tener más de 24 horas, que no hace borrón y cuenta nueva con los problemas, que no se cierra un segundo.

Lo había dicho desde el propio 19 de abril del 2018, cuando tomaba las riendas de esta nación y dejaba claro que correspondería al compromiso asumido con el pueblo “actuando, creando y trabajando sin descanso, por responder a sus demandas y necesidades, en vínculo permanente y estrecho con nuestra gente humilde, generosa y noble”.

Ha sido esa, quizás, la piedra angular de un gobierno que ha dinamizado también importantes procesos como la informatización de la sociedad, la creación de los gobiernos electrónicos, que modificó su Constitución desde la voz ciudadana y la aprobó con el consenso de la mayoría, que ha colocado la ciencia en el centro mismo de la nación, que asume una de las transformaciones económicas más relevantes como lo es la Tarea Ordenamiento.

Es un gobierno insomne, podría decirse. Porque en el último año, desde que la COVID-19 despabilara a Cuba toda, no ha vuelto a pegar un ojo jamás. Y son las reuniones casi diarias para examinar número a número el curso de esta pandemia; los

intercambios con los científicos, lo mismo para conocer los pronósticos que el avance de los candidatos vacunales cubanos; los análisis provincia a provincia para ayudar a revertir la tensa situación epidemiológica...

Tanto que, en diciembre pasado, ante la Asamblea Nacional reflexionaba: “Quiero decir hoy aquí que cada hora de estos meses de enfrentamiento a la COVID-19 fue de crecimiento y aprendizaje. Hubo jornadas tensas, agotadoras, pero jamás nos acompañó el desánimo, gracias especialmente al pueblo”.

Y ha tenido que crecerse, además, ante la crudeza de un bloqueo que se ha ido ensañando y ante una guerra mediática sin tregua a la sombra de un golpe blando, que en realidad poco tiene de blandura, para intentar derrocar la Revolución.

Díaz-Canel ha estado a la justa estatura de un país. Ha sido el jefe de Estado con las ojeras negruzcas que lo delatan todos los días por encima del nasobuco y, a la vez, el joven que se enrola en una tångana en el parque Trillo, el académico empedernido que en el más callado de los rigores acaba de discutir su doctorado en Ciencias o el guajiro campechano que en la finca La Gloriosa, del productor espirituano Yoandy Rodríguez, lo mismo conversa de Internet que de agricultura.

Tiene un magnetismo con la gente. Acaso porque no ha dejado de ser el joven que con melena irreverente comenzó a dirigir Villa Clara, aplaudió el centro cultural El Mejunje y propició los emblemáticos festivales de rock Ciudad Metal.

Quizás, porque donde quiera que llega es un cubano más: el que asiste como cualquier espectador a un concierto de Laura Pausini en la capital, el que toca la tumbadora en



El intercambio constante y directo con la gente, para conocer sus inquietudes y aspiraciones, es un principio del Presidente cubano. /Foto: Estudios Revolución



Díaz-Canel asume con modestia la máxima responsabilidad al frente de un país que le ha depositado toda su confianza. /Foto: ACN

Nueva York durante una de sus giras internacionales en el 2018, el que parado encima de las compuertas del río Cayaján puede recordar los días juveniles en que venía a nadar en el río Agabama en un salto cerca de Fomento.

Y en todos los lugares las imágenes lo muestran con cientos de manos intentando rozarlo, como sucedió en Trinidad, o con flashes de celulares iluminándolo en medio de un recorrido nocturno por el centro histórico de Sancti Spíritus.

Siempre el amigo, el mismo que en medio de la fábrica de cemento, en Siguaney, encuentra a dos compañeros de estudio y se detiene a conversar emocionadamente de los años universitarios; siempre el muchacho que complace a aquellos estudiantes de la Universidad de Sancti Spíritus José Martí Pérez cuando le piden hacerse un selfie; siempre el abuelo que no pudo seguir andando cuando aquel pequeño de tres años le inquirió en medio del bulevar espirituano: ¿Y tú quién eres?

Es como si llevara al pueblo en los genes. Se ha ganado el afecto de un país sin propo-

nerse, a fuerza de trabajo, de inteligencia, de escuchar a todos, de ponerle igual importancia a un intelectual que al más trabajador de los obreros. Y le ha costado sobreponerse, aunque lo calle, a su modestia.

Lo confesaba ante las cámaras de *Telesur* a la periodista Patricia Villegas durante la entrevista que le realizara el 19 de septiembre del 2018: “Te tengo que decir que, en lo personal, hago un esfuerzo tremendo para las cosas que son públicas; por lo general soy reservado, digamos, soy penoso. Cuando estoy en los recorridos y veo a veces que hay una multitud de gente en la calle, eso me aprieta; pero siempre digo: voy a hablar con la gente, y salgo hacia la multitud, empiezo a conversar, pregunto, les digo las cosas que estamos haciendo, lo que hemos visto, porque siempre la gente quiere saber si uno de verdad conoce los problemas que tienen; algunos que plantean problemas, insatisfacciones, explicamos, les decimos lo que estamos proyectando; pero la gente viene con un sentimiento, yo diría de apoyo, no a la persona que está en ese momento compartiendo con ellos, sino que ellos también lo ven como una expresión de apoyo a la continuidad.

“Y lo primero que hay, estas son las frases: No le falles a Fidel y a Raúl, ¡Viva Fidel!, ¡Viva Raúl! Entonces, eso te apoya mucho, pero a la vez te compromete mucho, y uno dice: qué legado tiene uno que defender, qué tamaño responsabilidad, y entonces, no te puedes aplastar por ese cariño y por ese compromiso, y uno, al contrario, tiene que sacar fuerzas y decir: ¡vamos a marchar adelante y vamos a marchar adelante, porque no estamos solos, estamos con este pueblo y tenemos que trabajar en colectivo, y tenemos que darle participación a ese pueblo como lo ha hecho la Revolución siempre!”.

Pesa muchísimo el compromiso, el #SomosCuba, esa profesión de fe que ha ido enarbolando por todos lados y que no es una virtual etiqueta. Lo impulsa la responsabilidad indelegable de seguir conduciendo, entre todos, la Patria.

Y la asunción como Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba viene a cerrar también un ciclo: es la más real alegoría a la conjunción de los pinos viejos y los nuevos. No resulta tan solo la herencia de quienes lo antecedieron, sino que deviene el compromiso futuro de continuar por el mismo camino ya desandado. Es ese, acaso, el legado de la continuidad.